

## GÉNESIS DE LAS SOCIEDADES CIVILES EN CENTROAMÉRICA (NICARAGUA, EL SALVADOR, 1990-2000)

**Benjamín Moalic**

Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA), México  
investigaciones.ciss@uees.edu.sv

Entre los 17 ODS listados por las Naciones Unidas, es importante notar que ninguno se enfoca explícitamente en fortalecer las sociedades civiles y sus organizaciones. La constatación es aún más sorprendente que, en algunas regiones como Centroamérica, las sociedades civiles han sido el objeto de conflictos intensos con los gobiernos en el poder. ¿Cómo entender estas tensiones entre el Estado y las sociedades civiles del istmo? ¿De dónde viene esta competencia y que nos dicen de la cultura política de la región? Este conflicto es sin duda el resultado histórico de una competencia entre “colegas enemigos” que circulan entre el Estado, los partidos políticos y las OSC, adoptando alternativamente posiciones de *challengers* y de *insiders* que pretenden, o entrar en el juego político, o frenar la llegada de nuevos competidores.

En efecto, a principio de los años 1960, países como El Salvador y Nicaragua conocieron un primer boom asociativo, el cual fue inmediatamente el lugar de batallas para la hegemonía y cooptación de los diversos actores políticos de estos países, ante todo de la izquierda. En reacción a esta forma de “entrismo”, los actores en el poder, partidos de gobierno y militares reprimieron de manera indiscriminada los sectores organizados, precipitando un número creciente de organizaciones y actores civiles en los brazos de las organizaciones armadas. De esta manera, el juego de entrismo-represión llevó a la absorción creciente de las organizaciones civiles por los grupos revolucionarios.

La revolución sandinista de 1979 en Nicaragua y, en El Salvador, el asesinato de Monseñor Romero, seguido del fracaso de la ofensiva del 81, significaron la absorción completa de las organizaciones civiles por los movimientos revolucionarios. A finales de la década de 1980, ya no existía sociedad civil autónoma en estos dos países. Sin embargo, en la década de 1990, un número creciente de organizaciones se desprendieron de sus partidos-tutelas para conformar una nueva sociedad civil.



En efecto, desde finales de la década de 1980, algunas organizaciones del FSLN y del FMLN, muchas de ellas femeninas, habían empezado a expresar demandas de mayor autonomía en el marco de la revolución. Sin embargo, habría que esperar el derrumbe de la revolución sandinista y la desmovilización del FMLN para que sus demandas fueran plenamente realizadas. En la mayoría de los casos, esta autonomía no ha sido el fruto de intensos debates teóricos, sino el resultado de una lucha feroz por los recursos y las clientelas de las organizaciones de masas, lo que condujo a “divorcios” en cascada y a la toma de independencia *de facto* de la mayoría de estas organizaciones.

Esta toma de independencia llevó naturalmente a sus protagonistas y organizaciones a ser objetos de los resentimientos de sus antiguos compañeros del FSLN y del FMLN. Además, nunca se ganaron las simpatías de los partidos de derecha, que no dejaron de ver estas nuevas ONG como de izquierda. De tal modo que las ONG fueron sistemáticamente excluidas del sistema político donde los grandes partidos de derecha como de izquierda se compartieron las instituciones y el poder. Traidores para unos, no confiables para otros, estas organizaciones y sus dirigentes fueron mantenidas en un espacio aparte, un intersticio a distancia de los partidos y los Estados. Por lo que paradójicamente empezaron a aparecer como “a-partidarios” e “imparciales”, ya que al ser denunciados tanto por la derecha como por la izquierda, ayudaron a personas de izquierda como de derecha y sirvieron de refugio para cualquier persona independientemente de sus afiliaciones partidarias.

Así, las OSC empezaron a representar un espacio político distinto del círculo partidario y aprisionado entre los grandes partidos estatistas, de los cuales eran o los disidentes o los opositores. Es decir, llegaron a representar una sociedad civil en el sentido clásico del término, un espacio político “a-partidario” compuesto de asociaciones, ONG y movimientos sociales que mantienen con el Estado y los partidos una actitud de vigilancia, de crítica y de denuncia.

La cuestión es que estas sociedades civiles nunca dejaron de tener vínculos con el sistema político. Al contrario, forman una especie de subsistema político que funciona a veces como un trampolín, a veces como un paracaídas en el juego político convencional. De hecho, los regímenes democráticos que nacieron de las transiciones a la democracia se caracterizan por una inestabilidad crónica que surge del reemplazo del personal político tras cada elección, aunque sean del mismo partido.

Cada cinco años la sociedad civil se vuelve entonces un espacio de tensión y de circulación intensa entre competidores por el poder. Por un lado, los nuevos entrantes, contando con pocos recursos, cuando no eran *outsiders* de la política, se apoyan sistemáticamente sobre redes de personal provenientes de las ONG y de la sociedad civil, sobre todo cuando estos disponen de clientelas y de proyectos “llave en mano” que pueden replicar rápidamente para demostrar resultados. Las OSC son objeto de una cooptación intensa del nuevo poder, para utilizarlas como intermediarios de sus nuevas políticas

y para asegurarse retiradas para las próximas elecciones. Por otro lado, los salientes tienen que reinventarse social y profesionalmente.

Para ellos, los partidos políticos se vuelven generalmente un lugar de competencias violentas y de “canibalismo”, por lo que muchos encuentran en las ONG y en la sociedad civil un espacio donde recaer, reinventarse, volver “al terreno” y “al contacto del pueblo”, y sobre todo donde acumular nuevos recursos, nuevas clientelas y rebotar intentando entrar de nuevo al juego político. En otras palabras, las sociedades civiles son también un espacio de resiliencia que permite o facilita la circulación de las élites políticas, y entonces se vuelven un espacio central de juego de control para los competidores para el poder.

En conclusión, las sociedades civiles constituyen un contraespacio político que, por su desprendimiento histórico del sistema político y su encierro entre los partidos dominantes, coloca a sus actores en una actitud de oposición y de disidencia hacia el Estado y los partidos en el poder. Contraespacio que es también un lugar de recursos y de resiliencia que se pelean los actores políticos, no solamente porque permiten a *insiders* y *outsiders* entrar en el círculo de poder o mantenerse en ello, sino porque constituyen un subsistema político que facilita, *in fine*, la circulación de las élites políticas y ponen los hombres de Estado ante la posibilidad de ver emerger de ello su némesis, su posible Brutus.